

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—El Incendio del Escorial, poesia por A. F. Grilo.—Leontina, por Matilde Bourdon.—Resignacion, por X. Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

CONTINUACION.)

Pero volvamos á mí, tantas veces interrumpido, empleo del día.

Después de haber concluido con mis libros doy audiencia á Susana, y empiezo por pedir la cuenta de los postres y de los principios que han sobrado del día anterior: cuenta siempre exacta, por que sabe que yo cada día visito la despensa, y aparezco cuando ménos se piensa en la cocina.

Cuando tenia doncella, ésta comparecía después que Susana, y mientras me ayudaba á vestir, hablábamos de los trabajos de costura. Ahora viene Tomasita, una excelente muchacha, vecina nuestra: Cada sábado me trae la ropa cosida, é inpeccionamos la que se debe llevar para la semana siguiente.

Después de esto, recibo á los buenos campesinos que quieren hablarme de sus negocios ó pedirme consejos, y ya estoy lista. Demodo que con cuatro horas, consagradas por la mañana á trabajos serios, y dando una mirada aquí y allí durante el resto del día, he concluido con esos improbos quehaceres domésticos, que tanto te habian asustado, y puedo dedicarme libremente á hacer ó á recibir visitas, á entretenerme un rato con la lectura, y á hilar ó hacer calceta, ya que la cortedad de mi vista no me permite coser.

Y ahora adios, hija mia, porque hoy es sábado, y Tomasita me está esperando.

La abuelita se dirigió hácia la puerta. Yo permanecí algunos instantes suspensa, y luego me abalancé hácia ella.

—¿No podría yo coser la mitad de esa ropa? la dije ruborizándome, ¡Oh, Julia, nunca olvidaré la espresion de inmenso júbilo con que me estrechó en sus brazos!

XIX.

He adquirido un hábito tal de escribir todas las noches, Julia mia, que me he visto precisada a encender de nuevo mi lamparilla, por que de seguro no hubiera podido dormir sin consagrarle un recuerdo.

Es que no queria hacerlo hoy porque tengo un pesar tan grave y tan pueril á la vez, que me da vergüenza el confesarlo.

Se trata de mi cabrita blanca! Pobrecilla! Se habia acostumbrado tanto á mi, que me seguia á todas partes como un perro. No comia mas que lo que yo le daba por mi mano, dormia al lado de mi cama, se echaba junto á mi mientras hacia labor, y sus bellos ojillos dulces y penetrantes, siempre estaban fijos en los mios.

Era pasion lo que sentia por mí; era pasion el cariño que me inspiraba.

¡Era tan graciosa! A veces la llevaba á paseo, ¡qué brincos daba entonces, qué balidos de alegría! ¡Cómo triscaba por los caminos! ¡Cómo subia y bajaba por las laderas, viniendo luego á arrojarse entre mis brazos!

Pobre cabrita mia! Ya no tropezaré con ella cuando vaya andando, ya no oiré cuando me llama con su balido suave y cariñoso! ¡Me parece que estoy sola!

Pero los hombres, ¿ves? los hombres no comprenden nada de estas niñerías de un corazon de mujer; los hombres, cansados de sus batallas exteriores, luchando sin cesar contra las contrariedades de la suerte, no quieren sufrir ninguna en el hogar doméstico, y la mas ligera los impacienta y enfurece.

Linda, así se llama mi protegida, no tenia ningun respeto á la alfombra de terciopelo de nuestro cuarto; á veces saltaba de un brinco sobre la cama y se dormia graciosamente sobre

la colcha de damasco; otras veces se entretenia en roer las botas de montar de Eduardo. Pues, ¿y cuando lograba deslizarse en el hueco? ¡qué destrozo! No dejaba siquiera muestra de un boton, ni del mas insignificante renuevo. ¡La llevaba yo tan pocas veces al campo!

—Cuidado, Linda, la decia, que me veré precisada á separarte de mi lado.

La inocentilla me miraba fijamente y no me comprendia.

Ya te he dicho que la paz doméstica pende de un cabello: demasiado lo verás cuando te cases. A veces por la cosa mas pequeña se pierde la felicidad y el porvenir de toda la existencia.

Eduardo tomó la manía á mi cabrita, y me ha sido preciso sacrificarla en aras de la paz...

Esta tarde la he llevado al Pico Verde, á casa de la honrada Paula... ¡Si vieras! Nunca habia estado tan alegre y juguetona, nunca me habia mirado con una espresion tan tierna y cariñosa.

Yo iba despacio.... muy despacio... Cuando llegamos arriba, era ya casi de noche. Todos los habitantes de aquel reducido caserío nos salieron al encuentro y nos rodearon llenos de alborozo.

Porque tú no sabes, mi pesar de hoy me obliga á trastornar el orden de los sucesos, tú no sabes lo que la abuela hizo, y yo un poco tambien, para premiar la honradez de Paula.

Voy á contártelo: esto me distraerá.

¿Recuerdas que la habíamos prometido hacerla una visita? Pues bien, Antonio fué antes, y compró una cabaña pequeña, pero blanca y aseada, y la adornó con los muebles, fuera de uso, que estaban arrinconados en los desvanes.

En el cuartillo principal, puso dos camas con dos buenos colchones, un arcon de madera, que contenia alguna ropa blanca de desecho nuestra, pero todavia en buen estado, dos piezas de lienzo nuevo, dos vestidos de percal y un pañuelo de abrigo, y completó el ajuar con una mesita de pino y cuatro sillas de paja. Engalanó la cocina con sus corres-

pondientes cacharros, abasteció la despensa con algunas provisiones, y por último, puso en el corral dos gallinas, un gallo, un par de pichones, y en la cuadra una fanega de cebada!

Dispuestas así las cosas, fuimos la abuela y yo á casa de una buena mujer, que se llamaba Eufrasia, porque la abuela, que todo lo calcula, quiere siempre hacer fructificar un beneficio, y que le produzca la mayor suma de bienes que estén en lo posible.

(Continuad.)

Angela Grassi.

EL INCENDIO DEL ESCORIAL.

Vedla! en ráfaga ligera,
en un vapor blanquecino
emprende fácil camino
desde el valle hasta la esfera
desprendió su cabellera
perdida en la inmensidad;
le dió el trueno majestad,
el relámpago colores,
y en su senda de vapores
germinó la tempestad.

El cielo se sonreía
y la nube que se alzaba
apenas se divisaba
cuando del valle salía.
Ella escondido traía
para el coloso el puñal,
ese es el monstruo fatal
que sin trégua ni desmayo
trae en sus entrañas el rayo
verdugo del Escorial.

Musa del arte cristiano,
de la Virgen y el arcangel
alzó al cielo Miguel Angel
la frente del Vaticano.
Aquí con potente mano
marcando un rumbo á su anhelo
de Herrera al gigante vuelo
alzó Felipe segundo
un portento para el mundo
y un pedestal para el cielo.

Yo en mi inquieta fantasía
en mi delirio ardoroso
la majestad del coloso
desde niño me finjía
bajo sus naves oía
al sacerdote cantar,
el órgano resonar,
los murmullos perecer:
y las lámparas arder
en las gradas del altar.

Hoy de la nube distante
en donde el rayo fermenta
brotó ronca la tormenta
para aplastar al gigante
no fuera el mundo bastante
ni el mar de su furia en pos
para que juntos los dos
lo arrasaran en un día,
pues solo abatir podría
su grandeza... la de Dios!

Allí la muerte aprisiona
en aquel antro profundo
polvo que ciñó en el mundo
un manto y una corona.
En su cúpula amontona
el fuego la destrucción,
por eso cada inscripción
que entre las llamas refleja
parece un rey que se queja
en el mismo panteon.

La roca que el fuego parte
y á quien el cincel dió vida
parece, al ser desprendida,
una lágrima del arte
y cuando el viento reparte
por las naves el volcan
acaso en sus ondas van
los ecos desvanecidos
de los monarcas vencidos
que en sus sepulcros están

Si guarda la religion
aquella marmórea tumba,
mientras la cruz no sucumba
no sucumbe el panteon
símbolo de religion
corona la torre alzada,
por eso cuando arrancada
bajó á los sepulcros yertos
deja sus brazos abiertos,
en los escombros clavada!

Si el mármol que la aprisiona
rompiera en la tumba fría
aquella frente que un día
cidió del rey la corona,
cuanto el monarca ambiciona
lo pudiera conquistar
atreviéndose á exclamar
de su nécio orgullo en pos,
«solo la mano de Dios
pudo á mi tumba llegar!»

Templo que hasta las divinas
regiones del cielo toca,
aunque caiga roca á roca
se alzará de sus ruinas.
Pálidas luces mezquinas
podrán incendiarle al vuelo
pero aunque herido en el suelo
hoy por el rayo se vé
no hay vallas para la fé
que alzó sus torres al cielo!

A. F. Grillo.

LEONTINA.

POR

MATILDE BOURDON.

(Continuacion.)

Todos esos movimientos, esos murmurios, esas risas, esos gritos de alegría anunciando que un tierno niño empieza á tener conciencia de su ser, habian hallado eco en el corazon de Leontina, la cual, siempre junto á la cuna, no perdía un ápice de la vida naciente que se desarrollaba, y cuyos progresos contemplaba cada día con más placer.

René por su parte experimentó su encanto durante muchas semanas; la jóven madre, el niño entre sus brazos; ocupaban sus pensamientos y su corazon, escuchando sin cansarse el relato de las maravillas que Leontina habia observado en su hija.

—¿Has visto jamás unos ojos como los suyos, y, sin embargo, llenos de candor?

—Jamás! decia él de buena fé.

—¿Y el pelo! Es rubio ahora, pero ya se irá poniendo negro. ¡Será hermosa! Quisiera verla ya de diez y seis años.

—¿Qué dices? ¿Diez y seis años? ¡Diablos! ¡yo navegaria ya entre cuarenta y cincuenta!

—Y qué importará envejecer, cuando veamos á nuestros hijos jóvenes y esveltos!

Esta exclamacion pinta al vivo la situacion del alma de Leontina, pero su marido, aunque sensible, no estaba á su nivel: poco á poco se fué habituando á ser padre, y empezó á encontrar algo monótono y prosaico eso de estar continuamente al lado de su hija y de su mujer. La solicitud y los desvelos de la madre le fatigaban, y al cabo de algunos meses pasaba ya las noches fuera de casa, ya en la tertulia, ya en el club, donde aprendió una vida libre y ligera. Leontina no habia podido retenerle, y cuando lo intentó de veras, era ya tarde.

Era René en toda acepcion de la palabra un hombre de nuestro siglo. No era malo, y aún habia en su trato cierta amabilidad y atractivo, pero en el fondo de su carácter dominaba un egoismo reconcentrado. Las palabras *deber*, *sacrificio*, no existian en su diccionario, no comprendiendo por falta de una instruccion religiosa su significado. No sabia imaginar cómo debia doblegarse y ceder ante una ley que él no veia escrita con grandes caracteres en el código; no comprendia que hay dentro de la conciencia estrechos deberes que cumplir, sagradas leyes que guardar, cuya infraccion escapa sin embargo á los castigos de los hombres. No es, pues, de extrañar que ignorase faltar á una de estas leyes, quitando á Leontina su cándida fe, dejándola sin luz y sin guia entre los escollos á que el mismo la habia conducido.

Pasados los primeros meses de matrimonio volvió á caer pronto en su estado habitual de indiferencia y frialdad; su mujer le agradaba, pero ya no acupaba su cabeza ni su corazon. Llevóla al mundo, porque el mundo le gustaba más que los tiernos coloquios conyugales, prefiriendo su ruido á la monotonia de la casa. La emocion que experimentó al verse padre no fué de más larga duracion que su amor; ni la soledad de Leontina ni el llanto de Juana, á menudo enferma y á veces caprichosa, no fueron parte para retenerle junto al hogar. Volvió á sus andadas de soltero, gustóle la vida independiente de los jóvenes irreflexivos, frecuentó los círculos, aficionóse á las costumbres del mundo, pero del modo más inocente: sin creer que hiciese mal, sin pensar que sacrificaba el corazon de su esposa á sus propios caprichos, se creó una existencia aparte de Leontina, cuyas lágrimas, cuyas amargas quejas creia una soberana injusticia, y hubiera extrañado que nadie le hubiese dicho que su conducta era dura y sembrada de peligros.

Ocho meses tenía Juana cuando en una tarde de otoño Leontina se hallaba sentada junto á Teresa recién casada, la cual venia á tomar, decia sonriendo, lecciones de amor maternal al lado de su amiga. Era la hora de conversar íntimamente. Teresa estaba mirando con atencion y candor á su prima, triste al parecer, con los ojos bajos y fijos sobre la tierna cara de Juana dormida en sus rodillas.

—Querida Leontina, dijo por fin, no me gusta preguntar á nadie; ¿qué tiene V.? y sin embargo tendré que molestarle... pareces triste; ¿qué tienes?

Leontina contestó sin levantar los ojos:

—Estoy algo intranquila por Juana; hoy le han dolido los dientes, y estaba encendida, agitada.

—Pero ahora está del todo calmada. ¡Mira con qué tranquilidad duerme... parece que sonríe! ¡qué linda es! ¡Ah! ¿Cuándo tendré yo una como esta? ¡Eres muy dichosa, Leontina!

Al momento de pronunciar estas últimas palabras se deslizó una lágrima por debajo las pestañas de Leontina, cayendo sobre la mejilla sonrosada de Juana, y descubriendo así la tristeza que la joven trataba de ocultar.

—¿Que tienes? preguntó tiernamente Teresa por segunda vez.

—Ya puedes ver lo que tengo: Juana ha estado mala todo el día; yo con cuidado, y á pesar de esto René me abandona, está en el club, ¡vendrá á media noche!

—¡A media noche! ¡pobre Leontina!

—Estoy sola todo el día; tan pronto ha concluido de comer me abraza y se va: nada le detiene; ni el gusto de estar en mi compañía después de una larga ausencia, ni el deseo de gozar un poco con nuestra hija encantadora: nos deja, nos abandona; pero ¿por quién? por unos que se dicen amigos suyos, á quienes no se atrevería á pedir un favor y que nunca han salvado el umbral de esta puerta: abandona á nuestra niña enferma para ir á jugar al sacanete ó fumar cigarros sin hablar ni pensar: ¡me deja sola entre mis penas, y después vendrá diciéndome que me ama y que ama á nuestra hija!

El dolor largo tiempo contenido habia hecho explosion, y Leontina en un minuto dejó desbordar toda la amargura y desengaño que encerraba su corazón. Quien está habituado á la tristeza se inclina al silencio; pero la primera pena tiene necesidad de estallar, ser comunicada y hacerse compadecer. Teresa escuchó afligida y con sorpresa, pues hasta entonces habia creído que Leontina era dichosa.

—¡Dios mío! dijo, me dejás aturdida... ¡Yo es-

taba persuadida que René era tan bueno para tí!

—Ciertamente, no es malo, me deja dueña de casa, me da dinero, no se queja de mis gastos; pero esto no basta... Es preciso que haya armonía entre las almas, que un mismo sentimiento anime los corazones, es necesario sobre todo complacerse reciprocamente...

—Pero antes René nunca te dejaba.

—¡Antes! ¡Ah! Teresa! ¡Quiera Dios que no sepas nunca cuan triste es decirse á una misma ¡Antes era dichosa!

—Es verdad; recuerdo que hace tres años salíamos siempre juntos.

—Y ahora que ya no puedo salir, que mi hija reclama todos mis momentos, me deja, me abandona, sin calcular cuán penosa me es su ausencia y cuán triste es contar sola las horas de la noche.

—¿Qué habrá que hacer, mi pobre Leontina?

—No sé; algunas veces ¿querrás creerlo? tengo ganas de hacer como el primer año de mi matrimonio: salir todas las noches, no perder una sola reunion... René me acompañaría, estoy segura; pero no puedo resolverme á dejar mi tierna hija en poder de una criada que me robaría su última mirada por la noche y su primera sonrisa por la mañana.

—¡Ah! ya te comprendo, exclamó su amiga con viveza: cuando nuestro hijo haya nacido, tampoco lo dejaré un momento; quiero que sea mío, es decir ante todo del Señor, pero después mío sin intervencion de personas extrañas. Creo que hasta tendría celos de la nodriza si me viera obligada á tomar alguna. ¡Toma! continuó con viveza, es imposible que René al verte tan buena madre no se vuelva un buen marido... Hay que estar firme y no dejar á tu hermosa Juanita: créeme, al lado de su cuna es donde tienes que recobrar á tu René.

Mientras así estaba hablando entró un criado que entregó una carta á Leontina. Abrióla ésta y dijo sonriendo á Teresa:

—Lee tú también; es de mi tía Delangle.

«Mi querida sobrina:

«Recibí tu cariñosa carta felicitándome por mis días, lo que te agradezco. Me deseas una larga vida, cuyo beneficio ha salvado ya el límite de mis propios deseos, pues he sobrevivido á la mayor parte de las personas á quienes apreciaba.

Encomiéndame á Dios, pues tu anciana tia está ya próxima á la eternidad. Y tú sobrineta, ¿sabes que tu carta tan amable no respira alegría?... Según parece conoces ya las penas de esta vida. ¡Son inevitables! porque ya lo sabes, pesa un castigo sobre todos los hijos de Adán, y de este castigo nadie escapa, desde el señor mas encumbrado hasta el mendigo mas indigente.

«Echas de menos los primeros dias de tu matrimonio, en que tu marido bajo el influjo del cariño no se alejaba de tí sin motivo, y volvía tan presto á tu lado. Ahora toma las costumbres de los de su edad, y deja la casa con mas frecuencia de lo que quisieras.

«¿Sabes lo que hay que hacer para que obre de otro modo? Hacer que tu casa le sea mas agradable que todas las demas. Si encuentra en ella una mujer indulgente, cariñosa y risueña, un hijo bien educado; si hay esmero en todo; si de vez en cuando reunes en vuestra morada á su familia y aun á sus amigos, concluirá, así es de esperar, por hallarse bien en ella y no ir á otros sitios.

Tú me pedías un consejo: hélo aquí, querida Leontina. En cosas de familia no conozco mejor táctica que la bondad, como en lo negocios nada encuentro mejor que la buena fé.

«Tengo qué poner término á esta carta, querida; mi cabeza y mis ojos están cansados, pero no mi afecto.

«Debes estar segura que el consejo que te doy es bueno no solo por lo que en este momento te está preocupando, sino para llevar á cabo otro asunto importantísimo que nunca debes perder de vista y del que te hablé antes de casarte.

«A Dios, mi querida sobrina: recibe un cordial abrazo, y muchos besos á tu hija, disponiendo de tu tia que ruega á Dios por tí y por todos vosotros.

Viuda Delangle.

«Versalles 12 de Octubre.»

—Hé aquí una carta magnífica, de la cual conviene sacar partido, dijo Teresa con convicción ¿Qué te parece, Leontina?

—Francamente, encuentro á mi tia demasiado bonachona; colmar de atenciones á quien nos desprecia, y darme muestras de cariño á quien no hace caso de tí ¿qué quieres que te diga? me parece muy impropio.

—Pues yo lo tengo por un buen consejo, que-

rida amiga, y aun te diré que desearia lo pusieras por obra.

—No puedo, so pena de renunciar á la línea de conducta que me ha trazado y estoy siguiendo: en presencia de René me muestro tan indiferente como él lo parece. Como ha resistido á mis primeras súplicas y aun á mis lágrimas, tengo hecha promesa de no bajarme mas.

—Pero esto mismo te hace sufrir...

—Ciertamente, pero qué mayor sufrimiento que suplicar y hallar un desden? Tú no comprendes eso, Teresa; tú eres feliz con tu Mauricio.

—¡Gracias al cielo! dijo con candor, pero si me pareciese que Mauricio dejaba de quererme, me acordaria de los consejos de tu tia. Pero dime: ¿cuál es ese importante asunto que nunca debes perder de vista?

Leontina se halló algo turbada. ¡Hacia tres años que habia pensado tan poco en el «único negocio importante!»

—Ya sabes, contestó con cierta propiedad y una sonrisa algo forzada, que mi tia es muy devota: pues bien, quisiera que yo convirtiese á René.

—¡Ojalá pudieras lograrlo! exclamó Teresa abrazando á su amiga. Este es el hermoso, el verdadero objeto de la vida. Tu tia tiene razon mil veces.

¿Has conseguido algo?

Leontina se encogió ligeramente de hombros y dijo con ironía.

—¿Le crees tú en buen camino de conversion? Esta es una obra demasiado difícil, y yo no me siento con fuerzas para emprenderla. ¡Convertir á un marido! ¿y cómo?

—No sé, respondió Teresa, con mucho candor; acaso trabajando sobre tí misma influirias en él...

Teresa no acabó la frase: Juana acababa de despertar. Cambióse la conversacion, y al cabo de media hora Teresa dejó á su amiga tristemente impresionada, pues no dejó de conocer los deseos mundanos y el conjunto de pasiones que se trasparentaban en el corazón de Leontina, ofreciendo un peligro sério para el porvenir.

Cuando René volvió á media noche, halló á su mujer velando al lado de la cuna de Juana, que se dormía con dificultad.

(Continuará.)

RESIGNACION.

Hay en el norte, cerca de la frontera belga, una población oscura é ignorada, á la que los acontecimientos de la guerra han hecho rodear de altas fortificaciones, que parece oprimen sus mezquinas casas. Ni una sola de estas se levanta en la verde pradera que hay fuera de los muros, que ciñen á la pobre ciudad. Aumentándose la población, han tenido que ir disminuyendo sus plazas, interceptando sus calles sacrificando el espacio, la regularidad y el bienestar. Las casas, así aglomeradas unas sobre otras y ahogadas por las murallas del circuito ofrecen á quien las mira de lejos el aspecto de una prisión.

Nunca se me olvidará la fría impresión de tristeza que experimenté al pasar los puentes levadizos que sirven de entrada. Me preguntaba con espanto, si había seres que nacidos allí, debían también allí morir, sin conocer lo restante del mundo. Los había en efecto con tal destino; pero la Providencia que oculta su bondad hasta en las privaciones que impone, ha inspirado á los habitantes de aquella población el amor al trabajo, y en la necesidad que están de adquirir la comodidad que les falta, no tienen tiempo de mirar si el cielo está nublado y si no hay sol. Olvidan lo que no tienen: pero yo al entrar en aquella ciudad sombría y ahumada, me acordé de todos los días de sol que había visto en mi vida, de todas las horas que había pasado en libertad con un cielo puro sobre mi cabeza y el espacio delante de mí. En aquel instante dí gracias á Dios, por lo que había mirado hasta entonces como dones hechos á todos los hombres: la luz, el aire y el horizonte. Por diez y ocho meses habité en esta población, y ya iba tal vez á murmurar contra tan largo cautiverio, cuando hé aquí lo que me sucedió:

Para llegar á una de las puertas de las fortificaciones, me era preciso cada día á la hora del paseo, bajar por una callejuela semejante á una escalera, porque el piso estaba formado de escalones, para evitar el declive de la cuesta. Al atravesar aquella estrecha y oscura calle, mis pensamientos iban siempre delante de mis pasos y no pensaba mas que en el campo que iba á buscar; pero cierto día mis ojos se fijaron por casualidad en una pobre casita, la única que pa-

reci a habitada. No tenía más que piso bajo, con dos ventanas y entre ellas la puerta: todo debajo de las boardillas. Las paredes de las casas eran grises y los vidrios de las ventanas eran gruesos y verdosos, que trabajo le hubiera costado penetrar allí la claridad del sol, si sus rayos pudieran presentarse alguna vez en tan estrecha calle. Reinaba allí perpétua sombra y hacia siempre frío por caluroso que estubiese el día en otras partes.

En el invierno, cuando la nieve se quedaba helada en los escalones de la calle, no se podía dar un paso sin riesgo de caer; por eso era un camino desierto que yo solo cruzaba una vez al día. No me acuerdo de haber encontrado una persona; ni de haber visto un pájaro pararse siquiera un instante en los agujeros de las tápias. Creo, dije para mí que en tan triste casa solo vivirán personas que habiendo llegado casi al término de su vida, ni pueden entristecerse ni alegrarse, porque todo les es indiferente. Horroroso sería el vivir ahí siendo joven!

Vino la primavera y el hielo de la calle se cambió en humedad que luego dejó el terreno seco: despues algunas yerbecitas brotaron al pié de las paredes y se aclaró el pedazo de cielo que con trabajo se divisaba desde la calle. La primavera en fin, difundió algo de vida en aquel callejón oscuro; pero la casita permanecía siempre sin que se sintiese ruido ni movimiento.

Hacia el mes de junio iba segun mi costumbre á mi paseo de todos los días, cuando ví (perdónese esta frase) cuando ví con profunda tristeza un ramillete de violetas, puesto en un vaso en el borde de una de las ventanas de la casa.

—Ah! exclamé yo, alguno que padece vive ahí.

Para tener afición á las flores, es preciso ser joven ó haber conservado algunos recuerdos de la juventud: es preciso no estar tan ofuscado por la vida material, que se halla perdido la dulce facilidad de ejecutar las cosas sin reflexionar, acordarse y esperar al mismo tiempo. En el goce que proporciona el perfume de una flor, hay cierta delicadeza de alma: es un poco de idealismo y de poesía que se desliza en medio de las realidades de la vida.

Cuando en una existencia pobre y laboriosa veo afición á las flores, conozco que allí hay lucha entre las necesidades de la vida y los instintos del alma.

Me parece que entiendo y podría conversar con el que cultiva una pobre flor cerca de las paredes de su cabaña.

Aquel ramillete de violetas me entristeció porque decía:



—Hay aquí alguna persona que vive echando de menos el sol, el aire y la felicidad: alguno que conoce todo lo que le falta: alguno tan escaso en materia de placeres, que yo constituyo uno de los goces de su vida, yo, pobre ramillete de violetas!

Al otro día volví y se notaba ya en las flores que había pasado un día por ellas, estaban marchitas y sus pétalos descoloridos se encorvaban sobre ellos mismos; pero todavía conservaban un poco de perfume porque las habían cuidado.

Al acercarme ví que la ventana estaba entreabierta y que un rayo, no diré de sol sino de claridad, penetraba dentro de la casa, trazando una faja luminosa en el piso del cuarto; pero á derecha é izquierda la oscuridad era tan profunda, que mis ojos nada pudieron distinguir.

Volví á pasar al siguiente día, que era casi de verano: los pajaritos cantaban, los árboles se cubrían de hojas y mil insectos zumbaban en los aires. Todo brillaba á los rayos del sol y se notaba vida, casi alegría en todas partes.

Una de las ventanas de la casita estaba abierta de par en par: me acerqué y ví á una mujer trabajando cerca la ventana, y su aspecto acrecentó la tristeza que ya me había inspirado la casita.

No hubiera podido decir la edad de aquella mujer porque no era muy jóven, ni tampoco bonita, ó por mejor decir, ya no era bonita. Estaba pálida, enferma ó triste... yo no podía conocerlo; pero lo cierto es que sus facciones eran suaves, que la falta de lozanía podría provenir de alguna pesadumbre, lo mismo que el número de años, y que su palidez si no entristeciera el corazón, aun pudiera tener su atractivo al lado del negro mate de sus cabellos.

Tenia un vestido oscuro, un delantal negro, un cuellecito blanco liso, y el ramillete que había florecido por dos días en la ventana, estaba allí prendido en su corpiño, para que nada se perdiese de su último perfume.

Levantó los ojos y me saludó: entonces la ví mejor.

Todavía era jóven, pero se hallaba tan cerca del momento en que se deja de serlo, que daba pena esta despedida de la juventud.

Evidentemente había padecido mucho, pero sin lucha, sin queja y casi sin lágrimas; porque había en su semblante, silencio, tranquilidad y resignación.

Me figuré que sin haber experimentado alguna fuerte conmoción, su alma á fuerza de languidez se había ido apagando; á lo menos la

mirada y actitud de aquella mujer me lo revelaban así.

Todos los días la encontraba en el mismo sitio. Al principio me saludaba, después añadió una triste y suave sonrisa á su saludo. He aquí todo lo que pude entrever de la existencia de la mujer que veía sentada constantemente cerca de la ventana.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Soller. Señora doña M. P., todas las suscriptoras por quien V. abona, tienen satisfechas las mensualidades hasta fin de marzo del 80.

Hornachos. Señora doña M. G., acompañamos á V. en su dolor, hemos recibido los 60 rs., con los cuales deja abonado hasta fin de febrero del 81, para esto tiene que recibir aun muchos números, pues ya vé el atraso que lleva el periódico.

Riaño. Señora doña C. M., conforme con su cuenta y queda complacida.

Villarcayo. Señor don P. G., las números los recibirá de hoy en adelante con mas puntualidad. Tenga la bondad de decirnos cuales son los cuatro que le faltan del año anterior para remitírselos.

Villanueva de la Serena. Señor don G. H., recibí los 24 rs., remitimos los números que desea.

Sotillo de la Rivera. Señor don N. C., recibí los 12 rs. de V. y los 12 del nuevo suscriptor don G. H.

San Llorente de la Vega. Señora doña A. C., recibidos los 24 rs. gracias por su bondad.

Berzocana. Señora doña M. T. D., estamos conformes con su cuenta.

Cartagena. Señor don A. N., en nuestro poder los 16 rs. que envía para doña A. V. y pedimos á Dios su completo alivio de V.

Iglesuela del Cid. Señora doña J. M., hecha la traslación, y abonado hasta fin de diciembre del 81.

Fernán Nuñez. Señor don J. M., recibidas las 3 pesetas.

Herrera del Río, Pisuerga. Señora doña M. G. M., conformes con su cuenta.

(Continuará.)

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia.»